

Un mensaje bíblico

PARA TODOS

La fe

Tres mil almas fueron agregadas a la asamblea inmediatamente después de la predicación de Pedro. Aún hoy, miles de personas aceptan la gracia. Si tales cosas son posibles, no es por el poder del hombre, sino únicamente por el poder de Dios, pues Dios se reveló al hombre y éste, por fe, puede acercarse a él.

La fe inicial

La fe es una facultad por medio de la cual el hombre se apropia de la Palabra de Dios. Para el creyente es una facultad de la nueva naturaleza que no se limita a una parte de esa naturaleza, sino que se extiende a su conjunto.

La Biblia da además otras acepciones de este término: “Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera, la convicción de lo que no se ve” (Hebreos 11:1). Aunque es una definición, este versículo sólo habla de una parte específica de la fe, es decir, de algunas de sus características: la certeza y la convicción. La fe es la certeza (o la completa convicción) de las cosas que uno espera y la convicción (o persuasión interior) de aquellas que no ve. Las cosas invisibles son, pues, mostradas al alma por la fe. En cambio, si el hombre es dirigido por lo que ve, la fe no entra en juego. Como resultado de la conjugación de los verbos *esperar* y *no ver*, fe significa creer a Dios —el invisible—, creer lo que Dios ha dicho teniendo la certeza, estando convencido

(Hebreos 11:1). Para que la esperanza se convierta en una certidumbre, y las cosas invisibles convenczan al hombre, es necesaria la fe; se debe creer. Creer es tener por verdadero lo que ha sido dicho, es recibir como ciertas las cosas que vienen de Dios, su Palabra principalmente, el testimonio que él ha rendido. Así Abraham obedeció simplemente a la palabra de Dios, teniendo fe en la promesa que él le había hecho. Creyó lo que Dios le dijo, tuvo la certeza de que era verdad, aunque para él nada era evidente: “salió sin saber a dónde iba” (Hebreos 11:8). La evidencia no se percibe mediante los sentidos humanos. Pero la convicción interior del alma, del espíritu, lleva a reconocer que la Palabra de Dios es la verdad.

El punto de partida de la fe, su razón de ser y la posibilidad de su existencia dependen de la revelación que Dios ha dado de sí mismo. No podemos tener fe en alguien de quien no conocemos nada. Pero el Señor Jesús nos ha revelado al *Padre* y ahora el creyente es su *hijo*. “Ya no eres esclavo, sino hijo” (Gálatas 4:7). La fe se aferra a lo que Dios le ha dado a conocer; el hombre regenerado puede acercarse a Dios sin ningún temor, dirigiéndose a él como a su *papá*: “Abba Padre”.

El origen de la fe es la aceptación de la Palabra de Dios, sin que el espíritu o la inteligencia humana puedan demostrar su realidad mediante razonamientos. “La fe es por el oír, y el oír, por la Palabra de Dios” (Romanos 10:17). Este versículo describe la esfera en la que se ejercita la fe. Hay una acción de esta Palabra sobre el alma para la aceptación de sus verdades, virtud que no proviene de las capacidades naturales del hombre, sino que es un *don de Dios* por gracia. La fe no puede, pues, en ninguna manera nacer en el alma ya que no se basa en *razonamientos* humanos, sino que supone la adhesión de *todo el ser*. En

consecuencia, no puede haber verdadera fe si Dios no se ha revelado al hombre. Mas él lo ha hecho por su Palabra, y es esta Palabra la que es necesario creer.

La Palabra de Dios se impone, con la autoridad divina, de una manera diferente según las personas a quienes se dirige. La fe puede de uno ser más o menos arraigada. Su firmeza depende de cómo Dios se reveló a cada creyente. Así en Romanos 4:22-25 tenemos el carácter distintivo de la fe cristiana. El objeto de nuestra fe es diferente del que tenía Abraham, pero la fe es idéntica. Es evidente que la fe en un Dios simplemente Creador no es suficiente: esta fe no salva.

La fe práctica

La fe es la facultad de tener a Cristo continuamente consigo mismo, pero sin verlo. A través de ella el creyente está en comunión con Aquel que se le reveló, aunque hoy en día no se dé a conocer visiblemente.

Esta fe es de la misma naturaleza que la que salva, porque creemos en la misma Persona, sea en el momento de la conversión o después. De ello resulta que el hombre, como es salvo por la fe, debe marchar según los principios exigidos por esta facultad nueva que lo habita. Así Saulo de Tarso, después de su conversión, cambió totalmente de vida. “En seguida predicaba a Cristo en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios” (Hechos 9:20). Conversión de pensamientos, de actitud, de acciones; el ser de Saulo fue enteramente cambiado: antes era fariseo e irreprochable en cuanto a la *ley*, ahora aplicaba a la *fe* el mismo celo y la misma intensidad de convicciones.

El creyente debe andar por fe, es decir, según el conocimiento que tiene de Dios. Tiene, por lo tanto, una responsabilidad. Cuanto más aumenta este conocimiento, mayor es su responsabilidad. Sus relaciones con Dios son, pues, muy importantes. Por eso el Señor mismo exhorta a los creyentes a permanecer en él (Juan 15:4). Por otra parte, Juan dice que “nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1:3). La comunión que tenemos con Aquel que nos conduce, esa intimidad con él, es la mejor ocasión para conocerlo mejor. De esta manera el creyente llega a discernir cuál es la voluntad de Dios y a marchar según sus exigencias.

El discernimiento de la voluntad de Dios

Romanos 12:1-2 nos enseña el secreto del discernimiento de la voluntad de Dios: “Os ruego... que presentéis vuestros cuerpos en sacrificio vivo, santo, agradable a Dios, que es vuestro culto racional... transformaos por medio de la renovación de vuestro entendimiento, para que comprobéis cuál sea la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta”. Notemos bien que para un creyente que todavía desea gustar los placeres del mundo es imposible discernir correctamente cuál es la voluntad de Dios. «Si *aceptamos* la posición que Dios nos ha dado, experimentaremos que las cosas que la vieja naturaleza busca no tienen lugar ante Dios en el cielo, y entonces comenzaremos a aborrecer y a temer las cosas que dañan el gozo de permanecer en Cristo o que lo interrumpen». El rescatado está llamado a entregarse enteramente, cuerpo, alma y espíritu, a Dios, sin pensamiento o voluntad personal. Así será más fácil discernir la voluntad del Señor, pero para ello la comunión con Aquel a quien queremos obedecer y el conocimiento de su Persona son necesarios. No podemos hacer la voluntad de alguien a

quien no conocemos, por eso nuestro andar debe ser conforme a las revelaciones que Dios ha dado de sus exigencias. Y para conocerlas, es necesario aprenderlas en su Palabra, la cual cada creyente debe escudriñar.

La vida de fe según la voluntad de Dios depende del grado de espiritualidad del creyente, de sus *relaciones* íntimas con el Señor y de su amor hacia él. Esteban es un ejemplo de ello: Fue escogido como diácono porque tenía “buen testimonio” y estaba “lleno de fe y del Espíritu Santo” (Hechos 6:3-5). Su *espiritualidad* era intensa, se traducía en hechos maravillosos: “Esteban, lleno de gracia y de poder, hacía grandes prodigios y señales entre el pueblo” (Hechos 6:8). Su *relación* personal con el Señor se reflejaba en su rostro que era “como el rostro de un ángel” (Hechos 6:15). Y más adelante dice: “Esteban, lleno del Espíritu Santo, puestos los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios... y dijo: He aquí, veo los cielos abiertos, y al Hijo del Hombre que está a la diestra de Dios” (Hechos 7:55-56). Con ello expresaba su perfecta comunión con el Señor. Entonces los hombres del concilio se precipitaron sobre él, lo sacaron de la ciudad y lo lapidaron... (Hechos 6:12), pero “él invocaba y decía: Señor Jesús, recibe mi espíritu” (7:59). Así manifestaba su inmenso *amor* por su Salvador, yendo hasta la muerte para la gloria de Su nombre.

La manifestación de la fe

La fe no puede pretender existir sin manifestarse. Por las obras, ella prueba su existencia a los hombres y a Dios. Siendo hechas en Dios, las obras justifican la fe, prueban o manifiestan que aquel que las cumple tiene fe. Así Abraham dio a Dios la mejor manifestación de su fe ofreciendo

a Isaac en Moriah, al mismo tiempo que a los hombres diciendo: “*volveremos* a vosotros” (Génesis 22:5).

Conocemos muchas cosas de la Palabra de Dios. Tengamos cuidado que nuestra fe no sea intelectual. Se debe tener un contacto personal con esta Palabra y asimilar personalmente en el corazón el conocimiento de Dios.

H. A.

La bondad de Dios

“Grande es hasta los cielos tu misericordia”. Salmo 57:10

“Más grande que los cielos es tu misericordia”. Salmo 108:4

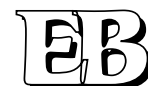
“De la misericordia del Señor está llena la tierra”. Salmo 33:5

“¡Cuán grande es tu bondad, que has guardado para los que te temen!”
Salmo 31:19

“El Señor... grande en misericordia”. Números 14:18

“Alabad al Señor, porque él es bueno, porque para siempre es su misericordia”. Salmo 136:1

PARA TODOS



Suscripción gratuita, escribir al editor:

**Ediciones Bíblicas
PARA TODOS
1166 Perroy (Suiza)**

Impreso en Suiza. Publicación mensual.

“**PARA TODOS**” tiene como objeto ayudar al creyente en su vida cristiana por medio de ejemplos prácticos sacados de la Escritura, la cual es “inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia” (2 Timoteo 3:16).

Si usted no tiene la intención de guardar esta hoja, tenga la amabilidad de entregarla a otra persona interesada. Para la difusión gratuita entre cristianos, se permite fotocopiar esta hoja (por favor no cambiar el texto, ni borrar nuestra dirección).